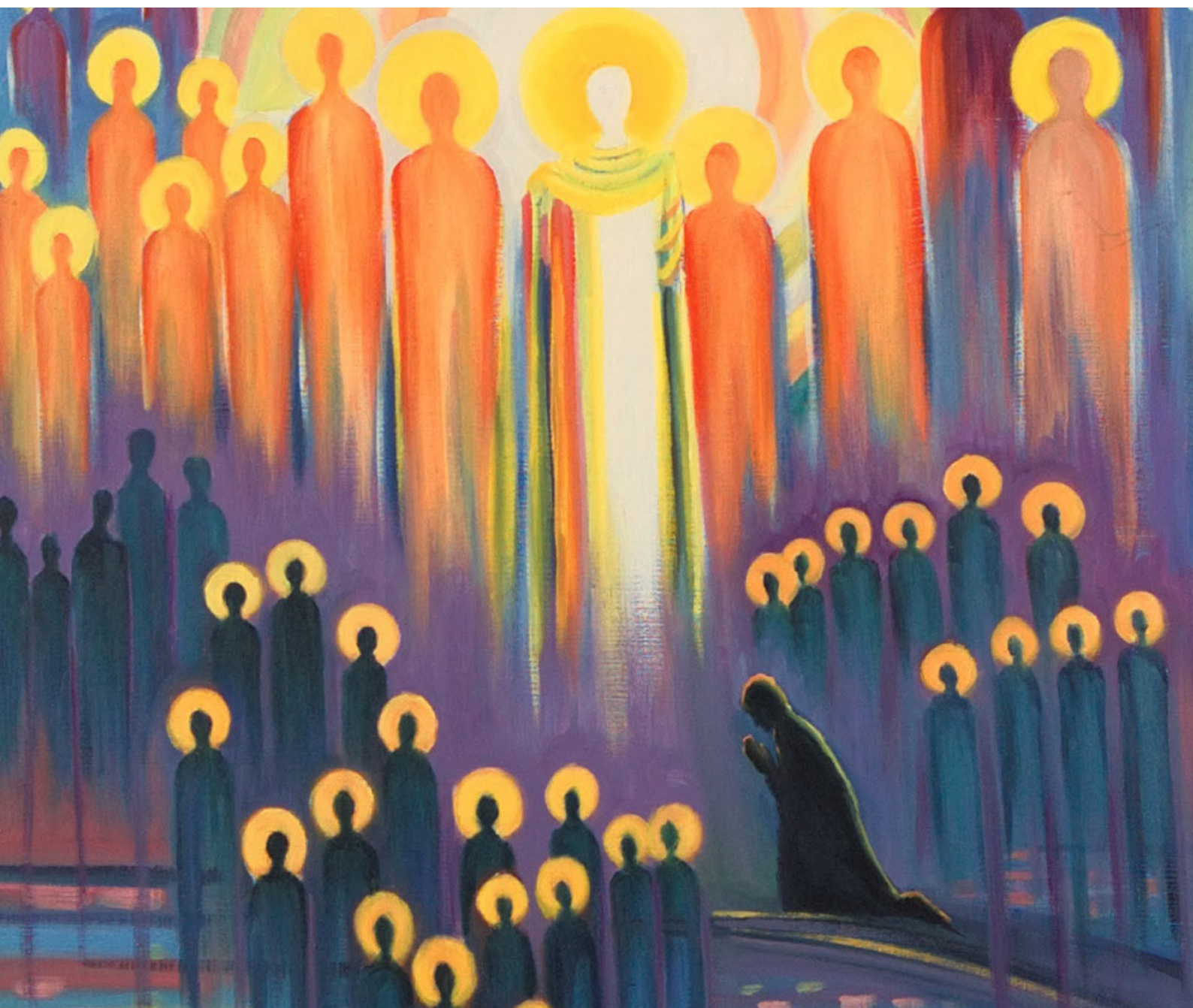


Programa de Formación Permanente

2017 Revitalización y santidad

7. Comunión de los santos





**“TODOS LOS SANTOS SERÍAN SOLIDARIOS” (SB 18,9)
LA COMUNIÓN DE LOS SANTOS**

INTRODUCCIÓN

En este año agustino recoleto de la santidad, el tema que en este documento desarrollaremos para meditar es el de la *comuni3n de los santos*, que, siendo uno de los art3culos del credo apost3lico y, por tanto, objeto central de nuestra fe, es sin embargo poco reflexionado a nivel teol3gico y espiritual, al no formar parte del credo niceno-constantinopolitano, que es el que normalmente profesamos.

El dogma de la *comuni3n de los santos*, en nuestra vida cotidiana, queda pr3cticamente relegado a un tema de predicaci3n en la fiesta de ‘Todos los santos’ y en la conmemoraci3n de ‘Todos los fieles difuntos’, en donde, de modo marginal, se hace un mero recuerdo de aquel dogma como justificaci3n de la oraci3n a los santos y de los sufragios por los difuntos. Este dogma nos proyecta s3bito a sentir a la Iglesia como una comunidad que va m3s all3 de la Iglesia peregrinante en el mundo, poni3ndola en comuni3n con los hermanos que se purifican en el purgatorio y con aquellos que gozan ya de la gloria en el cielo.

Intentaremos tratar en estas p3ginas de un modo m3s amplio la riqueza de este dogma de fe, del cual se derivan las consecuencias escatol3gicas de la intercesi3n de los santos y de los sufragios por los difuntos; pero que no queda reducida a

estos dos aspectos. Buscaremos que sea, no una reflexión académica y erudita de carácter expositivo, sino más bien un ensayo, una reflexión viva y rica de ideas más o menos novedosas o inesperadas que abran nuevos caminos para la vivencia de nuestra vida religiosa.

LA COMUNIÓN DE LOS SANTOS EN EL ‘SÍMBOLO DE LOS APÓSTOLES’

Como hemos dicho, el dogma de la comunión de los santos se encuentra solo en el símbolo apostólico, encadenado en medio de una serie de verdades dogmáticas que parten del acto de fe en el Espíritu Santo.

Creo en el Espíritu Santo,
la santa Iglesia católica,
la comunión de los santos,
el perdón de los pecados,
la resurrección de la carne
y la vida eterna. Amén.

Es el Espíritu Santo, como don de Cristo resucitado, quien constituye a la asamblea de los creyentes (Iglesia) en santidad y en catolicidad (unidad en la diversidad), realidad dinámica que se manifiesta en la comunión de sus miembros, santos y llamados a la santidad. El Espíritu Santo realiza esta obra de santificación y de comunión a través del perdón de los pecados, de la resurrección de la carne y de la comunicación de la vida eterna.

La comunión de los santos es, por tanto, la expresión dinámica del misterio de la santa Iglesia católica y tiene su fuente en la acción santificadora y de comunión llevadas a cabo por el Espíritu Santo.

Las expresiones Espíritu Santo, santa y católica, y comunión de los santos son expresiones binarias y, si las ponemos en paralelo, podemos agrupar los conceptos que las componen en dos grupos. Por un lado, es la santidad del Espíritu la que hace santa a la Iglesia y santos a los cristianos. Por otro, es la espiritualidad del Espíritu la que hace católica a la Iglesia y reúne en comunión a los cristianos.

Siguiendo la dicotomía puesta de relieve por las cartas de san Pablo a los romanos y a los gálatas entre el Espíritu y la carne, podemos decir que es la dimensión espiritual lo que reúne en unidad católica, suscitando la unidad y la riqueza armónica y sinfónica de la Iglesia, a través de la comunión de los santos, venciendo tanto las divisiones egoístas como las uniformidades esclavizantes y despersonalizantes.

La vida en el Espíritu, dador de vida eterna, es la perfecta comunión de los santos en la vida íntima del tres veces santo, y es fuente continua de purificación y de revitalización de aquella misma comunión a través del perdón de los pecados y de la resurrección de la carne, muerta ya al pecado para vivir de nuevo para Dios, liberada de la esclavitud de la concupiscencia para servir a Dios.

COMUNIÓN DE LOS SANTOS, FRUTO DE LA ORACIÓN DE JESÚS AL PADRE A TRAVÉS DEL ESPÍRITU

En el capítulo 17 de san Juan, Jesús, antes de su pasión, durante la última cena con sus discípulos, ora al Padre por todos los creyentes. Pide para ellos el don de la unidad, que los guarde del maligno y que los santifique:

Cuida en tu nombre a los que me has dado, para que sean uno como nosotros (Jn 17, 11b).

Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros (Jn 17, 21b).

No te pido que los retires del mundo, sino que los guardes del Maligno. Santificalos en la verdad (Jn 17, 15.17a).

Por tanto, podemos decir que el don que Jesús pide al Padre es que aquellos que creen en su nombre sean, en medio del mundo, *la comunión de los santos*.

Este don que Jesús pide al Padre es fruto de la santificación y glorificación de Cristo en cuanto hombre; santidad y gloria que, como cabeza de la nueva humanidad redimida, dona a sus fieles con el don del Espíritu Santo.

Y por ellos me santifico a mí mismo para que ellos también sean santificados en la verdad (Jn 17, 19).

Yo les he dado la gloria que tú me diste, para que sean uno como nosotros somos uno (Jn 17, 22).

Os conviene que yo me vaya; porque, si no me voy, no vendrá a vosotros el Paráclito; pero, si me voy, os lo enviaré (Jn 16, 7).

En la misma oración sacerdotal de Jesús al Padre, vemos que esta comunión de los santos, que es la Iglesia, es sacramento y reflejo en el mundo del misterio de Dios mismo, de la ‘Comunión de los Santos’, del misterio santísimo de la Santísima Trinidad:

Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado (Jn 17, 21).

Yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectamente uno, y el mundo conozca que tú me has enviado y que los has amado a ellos como me has amado a mí (Jn 17, 23).

‘DIOS ES AMOR’: SANTIDAD Y COMUNIÓN

La definición más rica del ser de Dios es aquella que nos dejó san Juan: “Dios es amor” (1 Jn 4, 8). Es esta propiamente una definición del ser trinitario de Dios. Dios es amor no porque sea un Dios bueno que nos ama: esto es una consecuencia. Dios es amor en sí mismo. El misterio íntimo de Dios no puede ser definido en relación a las criaturas, sino solo en relación a sí mismo. Si Dios es amor en sí mismo, es porque en sí mismo es una comunión amorosa de personas divinas.

Por eso el amor es la clave de la comunión y de la santidad, entendida esta como el atributo propio de Dios en cuanto Dios. Hay por ello una relación profunda e inescindible entre la santidad y la comunión. No puede haber santidad verdadera sin comunión, ni comunión verdadera sin santidad, pues ambas son expresión necesaria del amor que es Dios. La santificación personal nos debe

llevar a vivir la comunión en la comunidad, y la vida de comunidad nos debe llevar a la santificación personal y comunitaria para que sea verdadera vida de comunión.

Así, en referencia a la comunión eclesial de los santos, querida por Jesús y pedida en su oración sacerdotal durante la última cena, Jesús nos deja como mandamiento clave para vivirla el del amor, y como promesa, el amor de Dios derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo.

Teniendo en consideración la realidad de las personas divinas y el modo de ser relacional que las constituye, así como el hecho de que la vocación a la santidad a la que estamos llamados comporta una participación en el modo propio de Cristo de ser persona en Dios, podemos decir que la persona santa es aquella que es capaz de establecer y vivir en Cristo Jesús una comunión profunda de vida con Dios Padre y con los demás hombres como hermanos en un clima de intimidad, de conocimiento y de reconocimiento mutuo en el amor personal que es el Espíritu Santo.

LA ‘COMUNIÓN DE LOS SANTOS’

En la oración sacerdotal de Jesús vemos también cómo la comunión de los santos querida por Cristo para su Iglesia es un reflejo de la vida trinitaria y una consecuencia de la participación en ella por la gracia. La vida misma de Dios es, por tanto, el modelo y la fuente de la comunión y de la santidad en la Iglesia.

Podríamos definir, de este modo, el misterio de la Trinidad como el misterio de la *Comunión de los Santos*. Así comprendemos la unidad del misterio de Dios no solo en cuanto es el ser supremo absoluto y único frente a la multiplicidad de las criaturas, sino que llegamos a comprender su unidad de un modo nuevo, partiendo de la distinción de las personas divinas.

Con relación al hecho de considerar la unidad de Dios desde la trinidad de personas, manejamos en teología trinitaria tres conceptos clave que, haciendo referencia al mismo misterio, aportan matices y puntos de vista diversos: *perijoresis*, *circuminsessio* y *communio personarum*.

En referencia a la unidad de la Trinidad podemos decir que hay una dinámica genética interna con unos modos de ser personales que se reclaman mutuamente por razón del origen, por la cual el Hijo procede del Padre y el Espíritu Santo del Padre y del Hijo, a la que llamamos *perijoresis*; una unidad estática y mutua identificación en el orden del ser y mutua inhesión recíproca que denominamos *circuminsessio*, por la cual cada una de las personas divinas está en la otras dos y poseen perfectamente y en común la única esencia divina; y por último, una dinámica vital de amor y comunión por la que las personas divinas viven las unas

en las otras, con la otras y para las otras, que designamos como *communio personarum*.

Siendo estas tres nociones aplicables a todas y cada una de las personas divinas, en cuanto por el modo de significar dicen conveniencia con el modo de ser personal de las diversas personas, podemos apropiarnos a las distintas personas divinas. La *perijoresis* al Padre, la *circuminsessio* al Hijo y la *communio* al Espíritu Santo.

De este modo, a la luz del misterio divino de la ‘Comunión de los Santos’, se entiende que el misterio eclesial de la ‘comunión de los santos’ se funda también en una dinámica interna genética que nace del misterio de Cristo, cabeza de la Iglesia, a la que santifica haciéndola partícipe de su condición divina. Además, la mutua unión en Cristo y la condisión de su condición divina llevan a la mutua inhesión de todos sus miembros en un único cuerpo místico, donde comparten todos el mismo Espíritu. Por último, se verifica entre todos los miembros de la Iglesia de Cristo una dinámica vital de amor y de comunión.

La unidad *perijorética* de la Trinidad, por la que las tres divinas personas guardan relación de origen y mantienen la unidad que deriva de la monarquía divina del Padre, de donde provienen ordenadamente el Hijo y el Espíritu Santo, tiene su reflejo en la comunión eclesial que toma su origen de aquella unión *perijorética* que es aquel *mirabile commercium* por el que el Verbo de Dios se hace hombre a través de su encarnación, uniéndose en modo misterioso con la naturaleza humana y en ella con todo hombre, para que, a través de su pasión y glorificación, sea comunicada a los creyentes su propia condición divina y su propia santidad.

La unión *circuminséssica* de la Trinidad, por la que todos comparten y se identifican con la única esencia divina, se refleja en la comunión eclesial de los santos, que por la gracia divina participan en modo ontológico en la única naturaleza divina y comparten en Cristo la condición filial divina.

La *communio personarum* de la Trinidad, por la que las personas de la divina familia se conocen y aman mutua y recíprocamente en el don total de sí mismas, viviendo las unas en las otras, con las otras y para las otras, se refleja en la comunión eclesial de los santos, por la que los diversos miembros de la Iglesia viven en comunión de vida y de amor. Esto se realiza en la medida en que la santidad ontológica, de base de la que ya gozan los cristianos por la gracia, se hace realidad en una vida santa en todos sus aspectos morales y vitales.

Si nos fijamos en la constitución de la Iglesia podemos ver cómo la Iglesia está constituida por tres estados de vida que deben reflejar la vida de la Trinidad: el estado clerical, el estado laical y el estado religioso.

El estado clerical, con el papa y los obispos a la cabeza, refleja en la Iglesia la condición del Padre: ser fuente ministerial de santidad y de unidad orgánica dentro de la Iglesia.

El estado laical, en comunión con el clerical, es enviado al mundo en el que se encarna y en el que es fermento de santidad, portando la luz de Cristo en medio del mundo y uniendo su sacrificio al de Cristo en su condición de siervo de Dios que redime el mundo santificándolo desde dentro.

El estado religioso (consagrado) proveniente de entrambos, el clerical y el laical, refleja en la Iglesia la realidad del Espíritu Santo que proviene del Padre y del Hijo, como vínculo de amor. En la vida religiosa se manifiesta la multiplicidad de dones carismáticos que el Espíritu dona a la Iglesia para su perfeccionamiento, así como para la santificación del mundo.

De este modo, la santidad de la Iglesia, para asemejarse a la santidad del tres veces santo, se debe manifestar en la santidad y en la santificación de estos tres estados de vida que están mutuamente relacionados y coimplicados. Cada uno de dichos estados se santifica en la vivencia de la comunión ordenada de los unos con los otros, y realiza en plenitud su vocación eclesial en el servicio y donación de sí mismos al bien y a la santidad de los otros y de todos como unidad orgánica para la santificación del mundo.

LA ‘COMUNIÓN DE LOS SANTOS’

Ahora contemplaremos el misterio eclesial de la comunión de los santos en referencia al modelo trinitario con su triple dimensión: *perijorética*, *circuminsessica* y *comunional*.

Dimensión *perijorética* de la comunión de los santos

El hombre Cristo Jesús, fuente y fundamento

El misterio soteriológico de Cristo Jesús puede entenderse como la obra de restaurar la comunión de los santos original a través de la comunión redentora del Hijo de Dios con la humanidad pecadora, haciéndose carne y cargando sobre sí nuestros pecados y nuestras enfermedades, para hacernos don de sus méritos a través de su sacrificio de amor y obediencia, sacrificio que dona el perdón y la gracia divina a los que acogen con fe y humildad este don de misericordia. Nuestro castigo saludable ha caído sobre él y su gloria santificante ha sido derramada sobre nosotros.

Como dice la *Carta a los hebreos*, Cristo, al entrar en el mundo, se ofrece a sí mismo como sacrificio al Padre y, por medio de esta voluntad y de este sacrificio consumado, va santificando a todos los que se acercan a él con fe. La comunión eclesial de los santos es la comunión de los santificados, esto es, el fruto de la

redención por parte del hombre Cristo Jesús, que transforma la *massa damnata* en *communio sanctorum* por medio de la unión del hombre con él a través de la fe y el bautismo.

Dimensión *circuminsessica* de la comunión de los santos

El cuerpo místico de Cristo

La fe y el bautismo nos abren la puerta a la comunión ontológica (*circuminsessica*) en la vida de la gracia, por la que participamos y comunicamos todos en la filiación divina de Jesucristo y por la que somos miembros de aquel cuerpo místico en el que habita como en un templo el Espíritu Santo.

La Iglesia queda constituida como cuerpo místico de Cristo. La realidad del cuerpo sirve a la comprensión de la realidad de la comunión de los santos que recibe su vida de santidad y su comunión de su cabeza, Cristo Jesús. Así como el cuerpo recibe su comunión y su vida del espíritu que lo anima, el cuerpo místico de Cristo, la Iglesia, recibe su comunión y su santidad del Espíritu Santo que recibe como don del Padre a través del Hijo.

La imagen del cuerpo de Cristo es usada por san Pablo para poner de relieve la unidad, la complementariedad y la mutua interdependencia de todos y cada uno de los miembros con el resto. La santidad, como la vida, se expresa en modo coral en cada uno de los miembros para el bien de todo el cuerpo. En virtud de la comunión, los bienes y los males de cualquier miembro repercuten de un modo real y misterioso en el bien o en el mal de toda la Iglesia.

Dimensión *vital* de la comunión de los santos: *cor unum et anima una*

Según el Catecismo de la Iglesia Católica n. 948, “la expresión ‘comunión de los santos’ tiene dos significados estrechamente relacionados: ‘comunión en las cosas santas [sancta]’ y ‘comunión entre las personas santas [sancti]’”.

Si la dimensión *circuminsessica* de la que hemos hablado se podría encuadrar en la comunión de las cosas santas, con la dimensión *vital* de la comunión de los santos nos referimos más bien a la comunión que se da entre las personas santas. Una comunión vital que se realiza en la libertad y en el amor, por la que la “multitud de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma”, según la descripción que de la comunidad primitiva hacen los *Hechos de los apóstoles*. Esta unidad de corazón y de alma no se quedaba reducida a la sola dimensión espiritual (‘eran unánimes’, ‘estaban de acuerdo’), sino que manifestaba su autenticidad y profundidad en el nivel material, no considerando sus bienes como propios, sino poniéndolos al servicio de los demás de modo que ninguno pasase necesidad:

Todos los creyentes estaban de acuerdo y tenían todo en común; vendían sus posesiones y sus bienes y lo repartían entre todos, según la necesidad de cada uno (Hch 2, 44-46).

Las cartas apostólicas están llenas de referencias a esta actitud vital de construir una verdadera comunión a todos los niveles entre los creyentes¹. Por todo ello, la comunión de los santos no es solo una realidad ontológica que viene dada por la inserción en Cristo por la gracia de todos sus miembros, sino también una realidad que, con la gracia de Dios, se debe construir constantemente y que constituirá, a su vez, la plenitud escatológica a la que está llamada la Iglesia que peregrina en el mundo.

Al igual que hay una santidad ontológica de base sobre la que se construye la santidad moral, hay también una comunión de los santos ontológica de base sobre la que se asienta la comunión vital de los santos, que tiende a edificar la comunidad en la santidad.

Esta comunión de vida se construye con el ejercicio de la caridad que, según el conocido himno de san Pablo, queda configurada sobre todo por actitudes de humildad y de misericordia en relación a los demás:

La caridad es paciente, es amable; la caridad no es envidiosa, no es jactanciosa, no se engríe; es decorosa; no busca su interés, no se irrita; no toma en cuenta el mal; no se alegra de la injusticia; se alegra con la verdad. Todo lo excusa. Todo lo cree. Todo lo espera. Todo lo soporta (1 Cor 13, 4-7).

La humildad y la misericordia son la expresión de la caridad en una comunidad herida por el pecado, que debe construirse continuamente venciendo las consecuencias negativas de aquel. La comunión vital de los santos se construye, por tanto, a través de un proceso de santificación comunitario, un proceso de victoria continua sobre el pecado, que genera división, y un proceso de

¹ “Amaos cordialmente los unos a los otros; estimando en más cada uno a los otros” (Rm 12, 10); “alegraos con los que se alegran, llorad con los que lloran. Tened un mismo sentir los unos para con los otros” (Rm 12, 15-16); “nosotros, los fuertes, debemos sobrellevar las flaquezas de los débiles y no buscar nuestro propio agrado. Que cada uno de nosotros trate de agradar a su prójimo para el bien, buscando su edificación” (Rm 15, 1-2); “nuestro corazón está abierto de par en par... Dadnos lugar en vuestros corazones” (2 Cor 6, 11-7, 2); “mi preocupación por todas las iglesias. ¿Quién desfallece sin que desfallezca yo? ¿Quién sufre escándalo sin que yo me abraze?” (2 Cor 11, 28-29); “servíos unos a otros por amor” (Ga 5, 13b); “ayudaos mutuamente a llevar vuestras cargas” (Ga 6, 2); “soportándoos unos a otros por amor, poniendo empeño en conservar la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz” (Ef 4, 3); “sed amables entre vosotros, compasivos, perdonándoos mutuamente como os perdonó Dios en Cristo” (Ef 4, 32); “testigo me es Dios de cuánto os quiero a todos vosotros en el afecto entrañable de Cristo Jesús” (Flp 1, 8); “colmad mi alegría teniendo un mismo sentir, un mismo amor, un mismo ánimo y buscando todos lo mismo. Nada hagáis por ambición o por vanagloria, sino con humildad, considerando a los demás como superiores a uno mismo, sin buscar el propio interés, sino el de los demás. Tened entre vosotros los mismos sentimientos que Cristo” (Flp 2, 2-5); “damos gracias sin cesar a Dios... por vosotros en nuestras oraciones... Tampoco nosotros dejamos de rogar por vosotros” (Col 1, 3.9); “en todo momento damos gracias a Dios por todos vosotros, recordándoos sin cesar en nuestras oraciones” (1 Tes 1, 2); “nosotros, hermanos, separados de vosotros por breve tiempo físicamente, mas no con el corazón, ansiábamos ardientemente ver vuestro rostro” (1 Tes 2, 17); “tened todos unos mismos sentimientos, sed compasivos, amaos como hermanos, sed misericordiosos y humildes” (1 Pe 3, 8); “no amemos de palabra ni con la boca, sino con obras y según la verdad” (1 Jn 3, 18); “queridos, amémonos unos a otros, porque el amor es de Dios” (1 Jn 4, 7).

construcción y edificación continua a través de la gracia, que produce comunión de amor y santidad.

La eucaristía, como sacramento de comunión de vida y amor entre Jesucristo y su Iglesia, nutre, fortalece y profundiza la comunión vital entre los cristianos con Cristo y de los cristianos entre sí y, por tanto, la *communio sanctorum*.

COMUNIÓN SALVÍFICA DE LOS SANTOS

El misterio de Dios, como comunión de los Santos por designio de Dios, se ofrece como don al hombre por medio de la gracia. Este don, rechazado y perdido por el pecado original, se nos ofrece de nuevo como don salvífico por el designio misericordioso del Padre a través del envío de su Hijo, Jesucristo, como redentor y salvador, y del envío como don del Espíritu Santo santificador.

La comunión *ad intra* de las personas divinas se comunica de modo salvífico *ad extra* a través de la encarnación del Hijo, para que la humanidad pueda, en Cristo y a través de Cristo, reentrar en la vida íntima de Dios. La llamada Trinidad económica, que lleva a cabo la obra de la redención de la humanidad, realiza esta como comunión de los santos. Habiendo la Santísima Trinidad obrado la redención de un modo objetivo y completo con el misterio pascual de Cristo y con el envío del Espíritu Santo, aplica esta redención a los hombres que la acogen por medio de la fe en Cristo, a través del ministerio de la Iglesia, sacramento universal de salvación, que, como comunión de los santos, es signo e instrumento de la comunión de Dios con los hombres y de los hombres entre sí (cf. LG 1), continuando en la tierra la misión de Cristo, quien ya glorioso en el cielo hace partícipe a su esposa de su misión salvífica. De este modo contemplamos la dimensión *misionera salvífica* del misterio de la comunión de los santos.

Es el evangelista Juan el que, en su evangelio y en su primera carta apostólica, nos adentra en esta realidad. El prólogo del evangelio nos presenta la encarnación del Verbo como el gran acto por el que el misterio de Dios se revela a los hombres² y por el que los hombres son llamados a entrar en comunión con Dios y en la comunión de Dios mismo para, a través del Hijo Unigénito hecho hombre, llegar a ser verdaderamente hijos de Dios Padre³.

En este evangelio, la misión de la nueva comunidad de los hijos de Dios es puesta en relación con la misión de Cristo: “Como el Padre me envió, también yo

² “Y la Palabra se hizo carne, y puso su morada entre nosotros, y hemos contemplado su gloria, gloria que recibe del Padre como Unigénito, lleno de gracia y de verdad” (Jn 1, 14). “A Dios nadie lo ha visto jamás: el Hijo Unigénito que está en el seno del Padre él lo ha contado” (Jn 1, 18)

³ “A todos los que lo recibieron les dio poder de hacerse hijos de Dios, a los que creen en su nombre; los cuales no nacieron de sangre, ni de deseo de carne, ni de deseo de hombre, sino que nacieron de Dios” (Jn 1, 12-13).

os envió” (Jn 20, 21b). “Como tú me has enviado al mundo, yo también los he enviado al mundo” (Jn 17, 18).

Por ello, la Iglesia es enviada al mundo para que los creyentes entren a formar parte en la comunión de los santos y participen de la comunión con Dios. Así expresa san Juan en el prólogo de su primera carta la dimensión misionera de la Iglesia en relación con el misterio de la comunión de los santos:

Os anunciamos la vida eterna, que estaba junto al Padre y que se nos manifestó —lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos, para que también vosotros estéis en comunión con nosotros. Y nosotros estamos en comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo. Os escribimos esto para que nuestro gozo sea completo (1 Jn 1, 2-4)

Cristo resucitado, enviando al mundo a sus miembros místicos, constituidos en una comunión de amor en el Espíritu Santo, lanza al mar del mundo su mística red con la que traer muchos peces a su barca santa. De este modo, Jesús envía la Iglesia al mundo como comunión de los santos, como red de amor por medio de la cual atraer a los hombres para que, a través de esta comunión con su Iglesia, puedan ser conducidos a la comunión estable con Dios.

COMUNIÓN ESCATOLÓGICA DE LOS SANTOS

Podemos contemplar el misterio de la comunión de los santos, no solo en su realidad de Iglesia peregrina, sino también en su realidad mística y escatológica, que saca a la luz la profunda unidad y comunión de la entera comunión de los santos en sus diversos estados: Iglesia peregrina o militante, Iglesia purgante e Iglesia triunfante o gloriosa.

Esta dimensión es normalmente la más destacada a la hora de meditar el misterio de la comunión de los santos: los sufragios a los difuntos y la intercesión de los santos.

Debemos destacar que los hermanos difuntos y los hermanos ya glorificados, desde el punto de vista de la comunión de los santos y en relación con los que caminamos todavía en medio del mundo, no son hermanos del pasado, sino hermanos que caminan ya delante de nosotros o que han llegado ya a la meta y a la plenitud. Esta comunión vital con aquellos hermanos, si nos hace mirar al pasado en relación con el testimonio histórico que nos han dejado, nos pone, sobre todo, en comunión con la realidad escatológica futura, con hermanos vivos que nos han precedido y que desde la plenitud escatológica no dejan de ayudarnos a caminar hacia el futuro escatológico y la plenitud eterna. Los santos son aquellos que, con Cristo glorioso, actúan en el presente acompañando la historia de la humanidad hacia su plenitud.

Lo que hicieron en la tierra nos sirve de ejemplo para proyectar nuestra vida presente, pero su verdadero trabajo lo realizan ahora. Aquella historia que

recordamos nos sirve de estímulo, y fue para ellos escuela donde aprendieron a obedecer, a servir y a amar como Dios quiere, y en esta escuela se prepararon para realizar, en comunión con Cristo, desde la eternidad, la verdadera obra de calidad. Como dice el Señor en el evangelio, “siervo bueno y fiel, en lo poco has sido fiel, al frente de lo mucho te pondré, entra en el gozo de tu Señor” (Mt 25, 23). Como decía santa Teresa de Liseiux, “pasaré mi cielo haciendo el bien en la tierra”. Los santos, por ello, interceden constantemente por nosotros delante de Cristo, presentando sus méritos unidos a los de Cristo para impetrarnos la misericordia de Dios, exhortándonos y guiándonos en nuestro peregrinar.

De ahí la importancia de tener verdadera devoción a los santos y recurrir a ellos, suplicar su intercesión poderosa, para que, iluminados con el ejemplo de su vida, podamos nosotros ser fieles a la vocación a la que Dios nos ha llamado en Cristo Jesús. La renovación y la revitalización de la Iglesia y de la Orden vienen siempre de una más plena comunión con esta Iglesia gloriosa, cuya cabeza es Cristo Señor. Una comunión que no deja de atraernos hacia sí, no en una huida hacia formas del pasado, sino en un caminar hacia la eternidad que está presente ya de modo misterioso y eficaz en nuestro hoy. Esta presencia adquiere una densidad especial en el misterio de la celebración eucarística, a través de la cual Cristo, en comunión con toda la Iglesia celeste, por medio del Espíritu, no cesa de purificarnos y de guiarnos en nuestro camino de fidelidad creativa, para hacer presente el misterio de Cristo en modo adecuado a las diversas circunstancias históricas, culturales y personales en que nos hallamos presentes.

LA VIDA RELIGIOSA Y LA COMUNIÓN DE LOS SANTOS

La vida religiosa viene marcada por una vivencia especial de la vocación cristiana y eclesial, en la que, por medio de la especial consagración a Dios llevada a cabo con la profesión de los consejos evangélicos de castidad, pobreza y obediencia, vividos en comunidad, se convierte para la Iglesia y el mundo en signo de la comunión escatológica del cielo, donde los santos secundan libre, gozosa y plenamente la voluntad del Padre en perfecta obediencia, donde los santos viven en íntima comunión de vida y amor sponsal con Cristo su Señor y donde los santos experimentan la riqueza absoluta de solo poseer el don infinito del Espíritu Santo.

Los votos religiosos vividos en comunidad permiten y ayudan a los religiosos a vivir su comunión como un reflejo de la ‘comunión de los Santos’ trinitaria con su triple expresión de *perijoresis*, *circuminsessio* y *communio*.

A través del voto de *obediencia* vivido desde la *fe*, el religioso se pone en contacto con Cristo, fuente de nuestra vocación religiosa y del carisma que se nos ha donado. El religioso vive, de este modo, inserto en la corriente vital espiritual

que, naciendo del Padre, se nos dona a través de Cristo en el Espíritu Santo. Así son reflejo de la comunión *perijorética* de la Trinidad.

A través del voto de *pobreza* vivido en la *esperanza*, los religiosos viven, mediante la renuncia a la riqueza material y a su posesión privada, la profunda comunión de la posesión común de los bienes materiales y espirituales, especialmente del carisma común. De esta forma, reflejan la comunión *circuminsessica* de la Trinidad.

A través del voto de *castidad* vivido en la *caridad*, los religiosos viven en profunda comunión de vida y amor con Dios y con los hermanos. Manifiestan así la *comunión vital y amorosa* de la Trinidad.

LOS AGUSTINOS RECOLETOS Y LA COMUNIÓN DE LOS SANTOS

Los agustinos recoletos, como familia religiosa particular dentro de la Iglesia, podemos decir que tenemos genéticamente una relación especial con esta verdad de fe. El carisma agustino recoleto se puede interpretar y comprender de un modo especial desde el dogma de la comunión de los santos. Si el espíritu agustiniano, dentro de la vida religiosa, pone de relieve la comunidad y el espíritu de comunión que caracterizan todas las dimensiones de su vida consagrada, el espíritu recoleto se define por una marcada búsqueda de la perfección religiosa y de la santidad en la vivencia del amor, en un recogimiento y camino espiritual de santidad comunitaria.

Por ello, los agustinos recoletos tenemos como carisma especial vivir de un modo intenso y radical la realidad de ser ‘comunión de los santos’ dentro de la Iglesia y de la vida religiosa. Nuestra propia dimensión apostólica debe ser vivida según la óptica de la comunión de los santos que se abre en ‘salida económica salvífica’, invitando a los hombres a entrar y a vivir con plenitud la comunión de los santos, que es la Iglesia, e invitando a los hombres a participar de su peculiar modo agustino recoleto de vivir esa comunión.

Además, los agustinos recoletos, no solo como Orden, sino también como familia religiosa, podemos y debemos manifestar esta rica realidad de la comunión de los santos. Dentro de esta familia, la Orden masculina, de carácter clerical, sería un reflejo de la dimensión jerárquica de la Iglesia y del papel del Padre en la comunión trinitaria; la Fraternidad Seglar y las JAR serían un reflejo del pueblo de Dios que camina en el mundo, expresando el papel del Hijo en la comunión trinitaria; y la Orden femenina de hermanas recoletas traspasaría la dimensión consagrada contemplativa de la vida religiosa y el papel del Espíritu Santo en la comunión trinitaria.

Aquella mutua implicación en el camino de la santidad y en la vocación propia de los distintos estados eclesiales que hemos remarcado más arriba, debe ser vivida también por las órdenes y las fraternidades que componen la familia agustino recoleta. Habida cuenta de esto, podemos comprender la mutua implicación que tanto los agustinos recoletos como las agustinas recoletas y los miembros de la Fraternidad Seglar y las JAR tenemos recíprocamente en la vivencia de nuestra vocación y en nuestros procesos de santificación y de renovación.

JOSÉ MANUEL ROMERO
Curia Generalicia
Roma



ORDEN DE AGUSTINOS RECOLETOS
INSTITUTO DE ESPIRITUALIDAD E HISTORIA